

El inquietante siglo XXI

En verdad el siglo XXI no empezó bien, sino muy mal, con aquel brutal e inaudito ataque a las Torres Gemelas de Nueva York y otros lugares simbólicos de Estados Unidos, el 11 de septiembre de 2001, que causó miles de muertos. Dio comienzo entonces un ciclo de terror, operaciones militares y guerras que no ha finalizado aún, ni de lejos. Se instaló a partir de entonces en la conciencia colectiva el concepto y la amenaza de un terrorismo islamista, de dimensiones globales (Bali, Nueva York, Londres, Madrid, París...), que se valía de un arma demoledora: los terroristas suicidas. La respuesta norteamericana y de sus aliados al 11-S tuvo diversas vertientes, sin duda, pero tal como se produjo sus efectos contraproducentes y devastadores son innegables. Ha inflamado una región ya de por sí explosiva. La destrucción del Estado en Irak abrió la puerta a una cruenta guerra sectaria entre sunitas y chiítas y finalmente a la aparición de Estado Islámico (o ISIS) y a la espantosa guerra de Siria, mientras que Afganistán sigue en conflicto abierto.

Ahora bien, el terrorismo islamista, una amenaza permanente, era anterior y se incardina en la pugna fundamentalista contra la modernidad occidental, en el islam más sectario y en la prédica salafista o wahabita. Además, cuenta con apoyos poco claros en estados aparentemente amigos o incluso aliados. El siglo XXI, en sus comienzos, ha quedado marcado indeleblemente por esta problemática.

No es la única, por supuesto. Mientras tanto las sociedades, la economía y los avances técnico-científicos han seguido su curso, obedeciendo a corrientes de fondo difíciles de circunscribir. Y han registrado inflexiones y una acumulación de interrogantes que avalan una impresión fundamentada: los años que vivimos constituyen «tiempos interesantes». Y ya se sabe lo que quiere dar a entender el proverbio chino...

La economía, por ejemplo. Inmersa en un proceso acelerado de globalización de la producción, el comercio y los flujos financieros, entró en una profunda recesión a partir de 2007, como efecto, en principio, de la burbuja inmobiliaria en EEUU, pero sobre todo de los excesos de una ingeniería financiera sin sustento en la economía real. La financiarización de la economía, la política de la deuda, ha abierto un ciclo de inestabilidad, agravado por las recetas neoliberales y el dogma de la austeridad, del rigor presupuestario a cualquier precio, que ha causado estragos. La propia globalización desestabiliza a las sociedades y genera un amplio estrato de perdedores, afectados por las deslocalizaciones, la desregulación y el declive de actividades sin un reemplazo viable. La «destrucción creativa» destruye mucho y crea poco.

El fenómeno ha sido muy sensible en Europa, aunque no solo aquí. En países relativamente estables y desarrollados se ha ido almacenando un insólito malestar en antiguas zonas industriales, barrios periféricos o regiones abandonadas que ha dado lugar a estallidos y revueltas esporádicos. Combinado con una inmigración percibida subjetivamente como masiva e incontrolada, ese malestar ha dado alas a un populismo de extrema derecha de perfiles ciertamente preocupantes, porque recuerdan demasiado un pasado que Europa parecía haber superado definitivamente.

La crisis de la Unión Europea, la situación en Grecia, el *Brexit*, la crisis de los refugiados, el aumento de las desigualdades sociales y de la concentración de la riqueza, el flujo incesante de inmigrantes subsaharianos que atraviesan el Mediterráneo para alcanzar las costas europeas y que muchas veces se dejan la vida en el intento (3000 solo el último año), el incendio de Oriente Medio, la amenaza muy verosímil del cambio climático, el agotamiento de recursos clave y la superpoblación, la digitalización y los cambios tecnológicos que alteran profundamente pautas culturales y sociales, el envejecimiento de las poblaciones occidentales y especialmente de las europeas, el surgimiento de nuevos actores globales que combinan el capitalismo sin reglas con un autoritarismo escasamente democrático, la crisis del Estado del Bienestar, la corrupción a gran escala, las mafias que actúan con impunidad en tantos países, la destrucción de las estructuras de Estado en países como Libia (pero también en algunas regiones de México y de Centroamérica)... he aquí los ingredientes de un cóctel explosivo, de un mundo sin reglas muy alejado de las ingenuas pretensiones del fin de la historia o de la paz perpetua.

Y sin embargo, a poco que maticemos el diagnóstico, también aparecen elementos de esperanza, datos positivos, motivos para perseverar en la búsqueda de un mundo más justo e igualitario, más civilizado, más educado, en el que lo mejor del ser humano haga valer sus derechos. Difícil, pero no imposible. Europa aprendió de su historia en diversas ocasiones: con el Estado aconfesional y laico como superación de las guerras de religión, con el afianzamiento político y cultural de la democracia tras la Segunda Guerra Mundial (además del desarrollo del Estado del Bienestar y el proceso hacia la Unión). Pero parece que los procesos de aprendizaje no son irreversibles. A veces hay recaídas, episodios de amnesia histórica.

En cualquier caso, tomar conciencia de los problemas y profundizar en sus causas, promover el debate social, el debate de ideas informado más allá de la distorsionada sociedad del espectáculo, es un imperativo. De nuevo diremos: difícil, pero no imposible. Depende un poco del sentido de la responsabilidad de todos y de cada uno.

En este número especial de *Pasajes*, el que hace 50, ofrecemos un elenco de trabajos, ensayos e intervenciones que abordan muchas de estas problemáticas sin perder de vista su complejidad y con un objetivo compartido: contribuir a ese debate de ideas informado que es y ha sido desde el primer momento la razón de ser de nuestra publicación.

Gustau Muñoz